

PUBLICACIONES DEL COLEGIO DE DOCTORES DE MADRID

Significación filosófica

de la

- Teosofía -

Conferencia pronunciada
por

D. Mario Roso de Luna

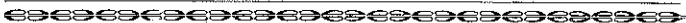
en la Real Academia de Jurispru-
dencia y Legislación el día 21 de
diciembre de 1923.



EDITORIAL HÉRCULES
MADRID - CEUTA

1926

COLEGIO DE DOCTORES DE MADRID



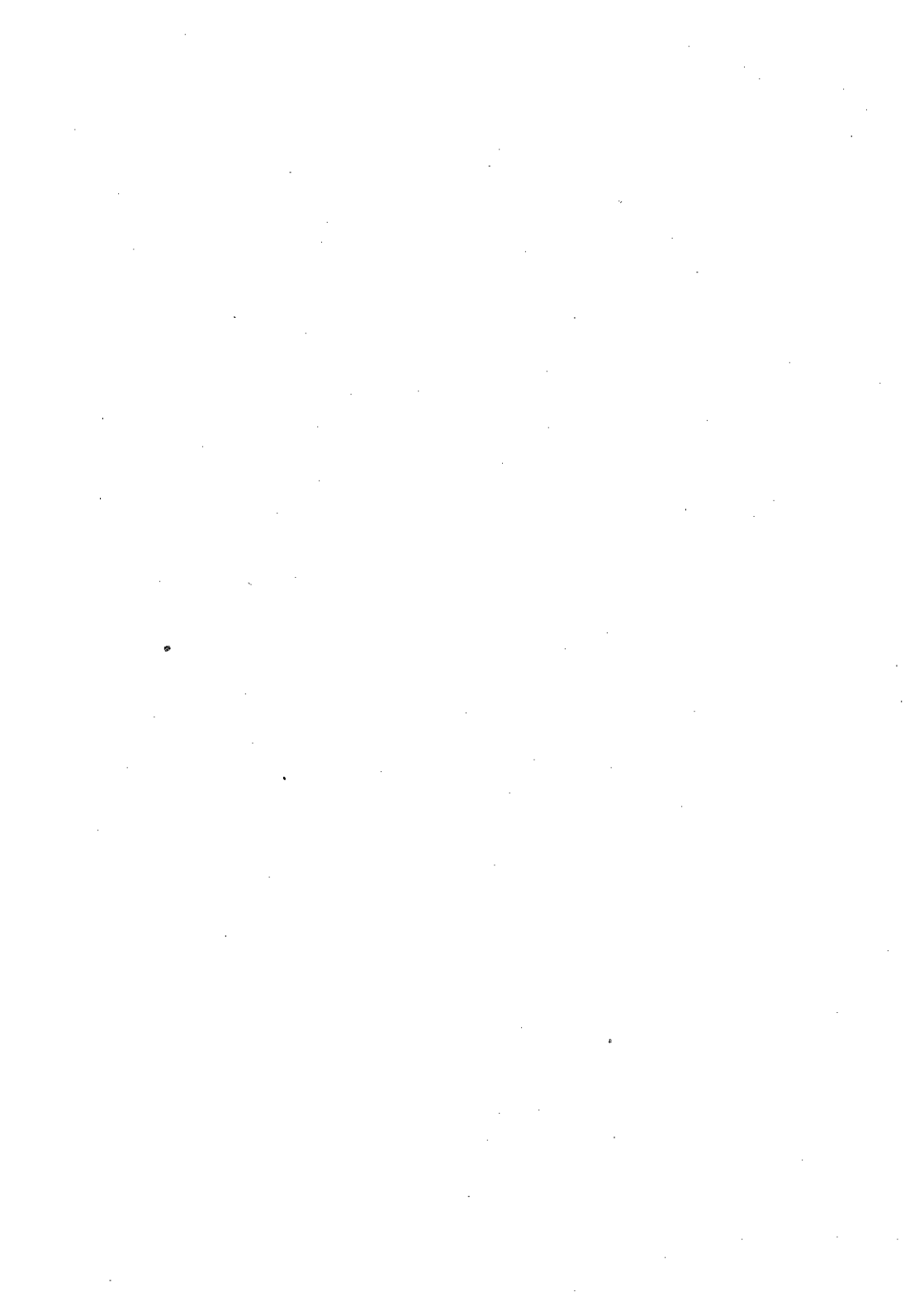
Sección de Filosofía y Letras

Conferencia pronunciada en la
Real Academia de Jurisprudencia
y Legislación el día 21 de di-
ciembre de 1923, por el señor
Don Mario Roso de Luna.



TEMA:

“SIGNIFICACIÓN FILOSÓFICA
DE LA TEOSOFIA”



Significación filosófica de la Teosofía

Conferencia pronunciada en la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación por D. Mario Roso de Luna, el día 21 de diciembre de 1923 y perteneciente al curso organizado por el Colegio de Doctores de Madrid.

SEÑORAS, SEÑORES:

En la primavera de mi vida y también primavera de 1894, tuve el honor de cobijarme por primera vez bajo los muros de esta queridísima Academia como socio de número; hoy, en el otoño ya de mi vida, casi a los treinta años de ser académico de esta Corporación, vuelvo a mis queridos y patrios lares. Mi presencia aquí ha prescrito entre presentes; también ha prescrito entre ausentes; pero no puedo tolerar, y de hecho con mi presencia aquí no tolero, la llamada prescripción inmemorial de los treinta años, puesto que antes de los treinta años vuelvo entre vosotros, diciendo con Zorrilla:

Volé del torbellino del mundo en una racha.
De mucho que serían muchos, no tengo ni una hilacha,
Y no he vendido nunca mi pluma ni mi fe.

Hoy, por la benevolencia del Colegio de Doctores, ocupo este lugar, ya honrado por la presencia y la elocuencia y autoridad de otros oradores. Toleradme, pues, y entro en materia.

El horizonte actual es, señores—¿por qué no confesarlo?—, de una tristeza infinita. Han muerto millones de semejantes nuestros en la guerra; ha venido después una guerra sorda, miserable—hay que decirlo bien claro — porque es guerra económica, guerra que no es propia de hombres que miran hacia el ideal; se han perdido todas las orientaciones, se han perdido todos los valores; pero no os desaniméis, señores míos y queridos amigos: yo no me desanimo y vengo precisamente con el tema de esta conferencia a daros algo de este fuego que en mi corazón arde y alentáros y deciros con Castelar que la división de la historia por siglos no es arbitraria y que estamos precisamente en un invierno de cultura, de espiritualidad, que ha de corresponderse luego, en ese eterno ciclo de los siglos, con un verano hermoso, a medida que avancen los años del mismo, lleno de promesas, lleno de esperanzas para lo futuro.

Yo creo, y conmigo seguramente creéis todos, que ello no es más que una crisis del ideal; por eso me he permitido traer estas mis ideas teosóficas, para demostraros, o por lo menos intentar una suscitación, una como tentativa de demostración, acerca de realidades tan hermosas como las que el ideal teosófico, sin distinción de razas, sexos, credos, casta ni color, puede aportar a la humanidad actual, hoy tan desorientada y desvalida.

Sin hacer excursión histórica ninguna, os diré que hacia el año 75 ha florecido la espiritualidad de cada uno de los últimos siglos y después ha venido el invierno, como os decía, precisamente al principio del siglo subsiguiente. Así lo habréis visto en las guerras napoleónicas, verdadera lucha de la cultura humana; así lo habréis visto también en la funesta entrada del siglo xix; en cambio bien vís-

teis cómo florecía, a fines del siglo XVIII, toda una música como la de Beethoven, una revelación como la Enciclopedia, siquiera algo positivista y materialista--que éste fué su pecado--, y una cultura general, a la que hoy debemos lo poco que hemos conservado y lo mucho que ya hemos perdido y estamos perdiendo desde 1914.

La idealidad teosófica se basa desde luego en el significado de la palabra misma: «Teosofía». (Se ha padecido un ligero error en la enunciación de la conferencia, debido a mi pésima letra; no es: «Significación filosófica del teosofismo»; yo no traigo aquí *ismos*, yo no quiero aquí nada de *sectarismos*:--«secta» viene del «seco, secas, secare», cortar, y yo os traigo, por el contrario, una síntesis--quiero, pues, hablaros de la significación filosófica de la Teosofía) (1).

La palabra Teosofía está compuesta, como sabéis, de las dos griegas *theos* y *sofos*; mas, como procedente de la mentalidad griega anterior al Cristianismo, no quiso significar, ni mucho menos, lo que la palabra teología, o «tratado acerca de Dios». La Divinidad, a mi juicio, es inefable, es inconcebible, es incognoscible, es eterna, es infinita; de ella todo emana y a ella todo vuelve, con arreglo a la sabia sentencia de San Agustín cuando dice: «*cresasti nos, domine, ad te, et inquietum est cor nostrum donec requiescat in te*». La idealidad de la palabra se cifra precisamente en *theos*, dioses, no Dios, y *sophos*, ciencia o sabiduría. Desde luego la palabra «dioses» es perfectamente admisible en todas las religiones, y ya la está pidiendo la evolución misma actual, en armonía con la ley de la evolución entrevista por Darwin, incompleta, sin embargo, aunque hermosa, porque desde luego antes que ella ya se conocía el viejo aforismo cabalístico que dice: «cada mineral se transforma en planta, cada planta en animal, cada animal en un

(1) El tema aparecía anunciado así en el anuncio de la conferencia: «Significación filosófica del Teosofismo».

hombre, el hombre en un espíritu, el espíritu en un dios». Yo os confieso humildemente que si se han de considerar hombres a seres como Pitágoras, como Platón, como Miguel Ángel, como Wagner, como Beethoven, etc., yo me coloco humildemente en la categoría de los animales; y si, dignamente protestando por mi doble naturaleza humana, me atribuyo, como es consiguiente, el carácter de hombre, a esos seres de ninguna manera se los puede llamar hombres, sino superhombres, héroes, semi-dioses, o dioses, no en el sentido de adoración, sino en el sánscrito de la raíz «deva», «diaus», «deus», que provino de la raíz *div*, deslumbrante, brillante, resplandeciente, superior, en todo concepto, a nosotros. Por consecuencia, teosofía será la ciencia de esos dioses, o, lo que es lo mismo, una superciencia, una ciencia del mañana, una *Magia*. La teosofía la proclamaban y la proclamaban los mismos Santos Padres de la Iglesia católica en sus cánones, como la serie de hermosos conocimientos humanos, que han precedido a nuestra ciencia actual. Pesados los astros, analizada la composición química de los soles, sabiendo todos sus elementos integrantes, conociendo la unidad de la fuerza, no ignorando ya la unidad de la materia y hasta haciendo con ella trasmutaciones del radio en helio, del estaño en plata, etc., es muy natural que viniera ya a una apreciación más honda del alto problema de la ciencia y de la vida, y que la humanidad pidiese teosofía, «Ciencia de los dioses», «Sabiduría primitiva y perdida», «Ciencia de las Religiones y Religión de las ciencias», porque lo anterior no le bastaba ya a las ansias de la época. Y, en efecto, ha pedido y ha obtenido la humanidad, esa ciencia, esa superciencia, porque desde luego ha mejorado en eso a la Enciclopedia, ya que la Enciclopedia tuvo un inmenso error, el cual ha acarreado el escepticismo que caracterizó al siglo XIX, y ese error funesto ha sido el de desentenderse del aspecto integral humano, que no es sólo razón, que no es sólo

sentimiento, que no es sólo imaginación, sino que es una integral de diversas facultades. Vedlo en esta casa, admirable y santa para mí; el símbolo más augusto que pone sobre ella es la espada y la balanza de la Justicia; en uno de los platillos de la balanza debe poner el hombre desde luego su razón, en otro debe poner su sentimiento; el fiel de la balanza marca las orientaciones de su voluntad. ¡Desgraciado de aquel hombre que, como en los siglos medievales recién salidos de las invasiones bárbaras, se fijara solo en el problema del sentimiento! Las gentes de tal época, podrían acaso ser muy buenas, pero estaban ciegas, no tenían desarrollada la razón, y aquella evolución sucesora del milenarismo, después de rendir sus frutos hermosos en el arte, desapareció. Sucedió la otra evolución, que por el contrario cargó extraordinariamente todo su peso en el platillo de la razón; adoróse entonces a la diosa Razón en la revolución francesa, adoración vana, ya que no había que adorar más que, si acaso, a la diosa Isis, a la Madre Tierra, a la Madre Luna, al Padre Sol, el astro que nos representa lo más puro, lo más santo del universo, de donde venimos y a donde vamos, de donde nos procede la vida, a donde nuestra vida seguramente irá, puesto que la Tierra no es más que una provincia planetaria del sistema galáctico; el universo galáctico, con sus ochenta millones y más de soles, no es más que una provincia de un inmenso acumulo de nebulosas, catalogadas ya por miles y miles, cada una de las cuales son verdaderas galaxias compuestas a su vez por otros ochenta o cien millones de soles. Y esa ciencia que taró el platillo de la razón, después de haberse tarado el platillo del sentimiento, hoy se orienta hacia la voluntad. ¡Desgraciada también si antes no estudia la razón y el sentimiento, si no lleva en su conducta la orientación del corazón y de la cabeza, los impulsos secretos del amor y el horizonte hermoso que los siglos dibujan!

Por eso, no hay que olvidarlo, yo no quiero en

este momento, como es natural, ni en ningunos herir sentimientos religiosos, no, sino proclamar muy alto que por encima de las religiones vulgares o exotéricas hay una super-religión: la Teosofía, que no es religión propiamente dicha al uso de estas otras, sino *la Religión*, la Sabiduría de la Naturaleza, la Verdad primitiva perdida, de la cual todos han derivado sus dogmas como dice la maestra H. P. Blavatsky en su obra *La Doctrina Secreta*, hasta acabar materializándose en cultos que son como símbolos de esa verdad trascendente y única, oculta tras repetidos dogmas, o «misterios», dados para que el vulgo no pueda profanarlos con su eterno materialismo.

Estas ideas precisan una delicada aclaración. Considéreme, por ejemplo, cualquier hombre religioso de los muchos que me honran aquí con su presencia, como un hombre completamente convencido de la verdad de su religión respectiva, y también, al par, de la religión de los otros, pero sepa en verdad, que no hay más que una religión sobre todas las religiones—no quiero hacer detalles teológicos ni meterme en controversias; perdonadme si lo creyerais, porque no es esa mi idea—. En efecto, las religiones todas, como dice la Teosofía—y este es uno de sus aspectos— son facetas de una verdad revelada, de una verdad que, con la ciencia y el amor, hay que reconstruir, es decir, con la Sabiduría al estilo de Salomón; y puesto que mis palabras, desde luego con vosotros, no pueden tener otra autoridad, válgame siquiera la autoridad del capítulo XIII de San Mateo, donde el Maestro Jesús, después de predicar la sublime parábola del sembrador, es preguntado así por sus discípulos, como recordaréis: «Maestro, ¿por qué les hablas en parábola?». Y el Maestro contesta: «Hábloles en parábola, para que viendo, no vean, y oyendo no entiendan; pero a vosotros, mis discípulos, os hablo cara a cara de los verdaderos misterios del reino de los cielos», o sea del verdadero Misterio del Ideal

que a todos nos cobija muy por encima de las miserias de la Tierra...

Esto demuestra, desde luego, que detrás de las parábolas y de los detalles religiosos predicados por Jesús a la multitud, e igualmente por todos los otros grandes Instructores religiosos, había una doctrina secreta, y buena prueba de ello es todavía la misma religión católica hablando de los «misterios cristianos»; buena prueba de ello es también la antigüedad, en iniciaciones como la de los Misterios de Eleusis, Tebas, Menfis y Samotracia, de Bibractis y Mexia, de los que habla el gran Ragon en su «Orthodoxie Maçonique», de Tarragona, de Mérida y de tantos otros sitios. Porque, desde luego, bien claro lo decía el Evangelio: los tesoros del reino de Dios, no deben darse a los cerdos, porque los pisotearán y los devorarán; es decir, en suma, que detrás de ese cristianismo de las masas, detrás del brahmanismo o del «buddhismo hindues», o detrás del sintoísmo japonés y detrás del mismo librepensamiento actual, hay una ciencia, sabiduría que puede obtenerse por el estudio profundo de cada una de las religiones y luego por la recíproca comparación de ellas, o también por el estudio profundo y comparativo de la ciencia. Ved qué frutos tan hermosos han dado las disciplinas de crítica comparada, tales como la filología comparada, la Religión comparada, la legislación comparada, etc.

La legislación comparada de los pueblos indoeuropeos, por ejemplo, ha traído una riqueza a los códigos verdaderamente maravillosa. La filología comparada, ha descubierto las raíces más profundas del semitismo y del arianismo, es decir, que se acerca ya a encontrar casi, el secreto de la cuna de la humanidad, el secreto de esa lengua primitiva, perdida, confundida en la simbólica «Torre de Babel», del pensamiento humano y de las pasiones que al pensamiento anublan.

Esos «Misterios», pues, que existen en todas las religiones, existen también en el Cristianismo, con

lo que he demostrado, y existen desde luego, transparentes en las mismas Epístolas de San Pablo cuando habla, por ejemplo, de que debemos ser librepensadores, no al uso que se ha dado a esta palabra ya desde antiguamente, sino en el sentido de mirar con toda pureza y toda devoción y todo respeto, el pensamiento humano para el estudio de la alta verdad religiosa de todas las religiones.

San Pablo, efectivamente, decía: «vedlo todo, estudiadlo todo, examinadlo todo, y luego escoged lo que sea bueno». También hablaba este verdadero fundador del cristianismo de algo mucho más profundo, que la enseñanza que nos dan las religiones de las masas, es, a saber: hablaba de un algo escondido, que cuando se llegue a saber «matará a la muerte misma». Ved, pues, si no es admirable un tan alto propósito, como es el de encontrar la perfecta identidad de juicio entre un adepto cristiano como San Pablo, y un adepto pagano como Cicerón.

Cuéntase en las historias de Roma, que cuando Cicerón fué a iniciarse en los Misterios de Eleusis y regresó luego entre sus amigos, éstos le preguntaron, como sabéis: «¿qué has visto?» — «No puedo decirlo» — contestó el maestro —; sólo sí sé, sólo digo, que de aquí en adelante no temeré a la muerte». ¡Naturalmente! Le habían iniciado al estilo egipcio, desdoblado como en todas las iniciaciones, su llamado cuerpo físico, de su llamado doble astral o cuerpo sideral; habíase visto muerto, tendido en el sepulcro de la iniciación — sepulcro al estilo de los que había en las Pirámides, — y se había visto, sin embargo, con plena conciencia; ¡luego había demostrado la falsedad de la mentira absoluta de la muerte, que es el gran torcedor de la humanidad, juntamente con el dolor, y este es uno de los frutos de la iniciación!

San Pablo dice igual, por su parte, en la Epístola a los corintios. Recordad el capítulo XIII, donde se agrega: «hay grandes misterios que revelaros, dice en ella; hay un cuerpo material y cuerpo espiritual,

cuando esto se sepa, ¿qué será ¡oh muerte! de tu mentira, qué será ¡oh intrusa! de tu aguijón?». Es decir que San Pablo, hablaba igual que el elocuente orador romano de lo que vió en Eleusis, porque esto de la Iniciación, no consistía sino en la comunicación de una doctrina verdaderamente teosófica, superhumana, heroica e igual siempre a través de las edades. Ella tenía además otros principios que si no eran contrarios a los principios de las masas, al menos eran superiores a ella; algo así como el concepto que puede tener un catedrático de universidad de las ciencias que estudia, en comparación con un hombre vulgar que no ha estudiado ninguna; porque natural es que la Verdad, como decía Balmes, sea una ecuación entre nuestra mente y la realidad exterior y que, por tanto en una mente obtusa, la comparación con la realidad exterior tenga que ser pobre; mientras que en una mente ejercitada por el estudio, y adornada con las dotes del amor, puede ya constituir, con la ciencia, la sabiduría, que es ya «Ciencia y Amor» o sea «Ciencia trascendida» y genuinamente teosófica. Recordad, por ejemplo, la definición que la criada gallega daba de un túnel. Decía: «es una cosa larga, muy larga y oscura, y luego, al final, silban», y comparadla con la definición que puede dar un ingeniero de caminos, sin embargo de que el fondo del concepto sea el mismo. La enseñanza de las grandes verdades no puede ser igual para todos. Os decía antes, que los grandes descubrimientos modernos exigen ya una síntesis religiosa. Sin perjuicio del sentimiento particular de cada uno, que no debe ser discutido, sino que debe ser trascendido, mejorado, repito aquí con San Pablo, cuando dice que «a los niños se les dá leche y no vianda, y a los iniciados, a los hombres superiores, se les dá ya vianda y no leche; a los unos les predicamos Cristo y su crucifixión, a los otros les predicamos el Logos, la Palabra»; y herido en su dignidad como ciudadano romano, cuando le preguntaban qué Dios era el

que predicaba, dijo con toda la solemnidad de un verdadero iniciado: «ved a quien están consagradas esas lápidas votivas; ellas lo están al Dios desconocido, y ese Nombre es el del Dios mío», es decir, el Dios de los tartesios que en Cádiz tuvo su primitivo templo.

Además, en el estudio comparado de las religiones, hecho con respeto, como deben hacerse todos los estudios, y sobre todo éste que afecta a las ciencias, ocurre algo del fenómeno químico de las sales. Sabéis que cuando se toman dos vasijas saturadas con dos soluciones distintas, las dos soluciones están transparentes, pero, así que se mezclan ambas en una vasija mayor ya, fatalmente, precipitan residuos insolubles de la una y de la otra; esto, señores, es lo que pasa con las diversas religiones respecto de la Teosofía, mas no os remitáis a mi juicio, remitáis a vuestra conciencia, a vuestros propios estudios y veréis que, efectivamente, esto es lo que pasa con las religiones comparadas. Por dicha razón está establecida en todos los países cultos la cátedra que se ocupa de ellas, y, desde luego, no tardará en ser establecida en España.

Cuando se compara, por ejemplo, el buddhismo y el Cristianismo, el mosaismo y el mahometismo, en seguida surge *la saturación* y muchas cosas groseras de unas y otras religiones se precipitan inertes, por ser sólo groseras exposiciones, a la manera de las fábulas de la infancia, pero tras las que existe siempre una sublime espiritualidad.

¿Cuántos y cuántos pasajes del Corán, verbigracia, como aquél relativo a José, amplían lo dicho por la Biblia? ¿Cuántas y cuántas cosas del Evangelio no se explican en el buddhismo y recíprocamente? Leed, por ejemplo, la hermosa obra de Edwin Arnold titulada «La luz del Asia». Allí veréis que la escena de Jesús con los doctores es exactamente la reproducción de aquella de «La luz del Asia», cuando el joven Buddha se presenta a su maestro para ser examinado; también en la agonía de

Jesús en el Monte de las Olivas, veréis la misma agonía de Buddha cuando, harto ya de las ambiciones palatinas, de los engaños de la Corte, de las galas que, como príncipe, veía siempre por todas las calles, se escapó un día del lugar hermoso donde le tenía confinado su padre para que no fuera un redentor de hombres, sino un rey, y se encontró, primero, a un ciego lleno de llagas, después, a un viejo y más tarde, a un enfermo; cuando preguntó lleno de ansiedad—porque él no sabía nada de eso—, al ciego por qué no veía, al enfermo qué tenía, por qué se quejaba, y al viejo, por qué estaba viejo, le decían: «Señor, es ley de la humanidad; el cuerpo físico se gasta como se acaba una luz. En cambio, hay una luz perpetua en la religión, *et lux perpetua luceat eis*, es decir, una luz que no se extingue nunca». Y dijo entonces el Maestro: «Pero, ¿es posible que la humanidad sufra? Pero, ¿es posible que tenga toda esta carga, todos estos pecados, toda esta tara y yo no lo sepa? Desde este momento me consagro a redimir a los hombres». Pero eso sí, señores, y perdonad si me equivoco, pero admitid mi protesta honrada; porque los redentores jamás nos han redimido como a seres irresponsables, sino que nos han dado los divinos medios para que *nosotros*, por nuestros propios esfuerzos, nos redimamos, y para eso el hombre vulgar debe tener piedad, debe orar, debe arrodillarse ante los ideales de su religión respectiva; pero el hombre ya iniciado en los Misterios de la Teosofía no necesita ya de nada de esto, sino que debe decir, y perdonadme lo vulgar aunque gráfico de la cita; debe decir a la manera del gitano: «Dios mío, no me déis nada; ¡ponedme donde lo haya, que yo lo tomaré!».

Y ese es el estímulo que se deriva del estudio del Evangelio bien entendido, del buddhismo bien entendido y en general de todas las religiones entendidas recta teosóficamente, desde el momento en que nos ilumina la brillantísima luz de la Teosofía.

Y digo esto, porque las reglas de conducta que se pueden deducir de un dogma impuesto, inevitable para los pequeños, no pueden ser las mismas que ha conquistado el hombre con su esfuerzo, y porque, mito por mito, fábula por fábula, ninguna más gallarda que la fábula de Prometeo, el titán humano, ese gran caído, ese Lucifer precipitado en el fondo de la miseria humana, que eleva su brazo gigante alargándole hasta el Sol y enciende allí la antorcha del pensamiento, para luego comunicar ese fuego divino a los hombres.

Ved, pues, uno de tantos detalles de las religiones comparadas. ¿Para qué insistir más en esto, si es lo natural, si no hay más que leer un texto cualquiera de cualquier gran libro religioso? ¿No lo dice David, no lo corrobora Jesús, no lo decía Pitágoras, que «dioses somos y lo hemos olvidado», que el hombre es de estirpe divina? ¿Acaso la tarea de la educación, pues, sobre la que tanto y tan neciamente se habla en nuestro tiempo todavía, no consiste en la misma etimología de la palabra, de «educere», sacar lo que hay dentro? «El hombre es un Dios dormido», se ha dicho, y San Agustín añadía con igual ideología en el texto que antes cité que de la Divinidad había venido y a la Divinidad volvería, despertando, y ese es el «Oro del Rhin», de la leyenda wagneriana; ese es «El niño en el pesebre», de la religión cristiana; ese es el Buddha naciendo en los vigores de la primavera, de la religión budhista; ese es, en fin, el Astro luminoso, que cuando se eleva en el horizonte apenas brilla por intenso que sea su poder; pero cuando va subiendo hacia el zenit esplendoroso, ya va teniendo mucho más vigor, y en el momento en que culmina en el meridiano llega a su apoteosis triunfal, para luego declinar en un nuevo ciclo; porque nacer, morir y siempre renacer es la ley que rige a astros y a seres en el universo, porque vano sería que el hombre en su soberbia o en su infantilidad, pretendiera eximirse de las leyes del astro en que vive y

se apoya su planta desde que nace hasta que muere, como un planeta redondo que gira sobre su eje y gira en torno del Sol, a la vez que el Sol gira en torno de otro astro oscuro, oscuro por ultraluminoso, pero su ley es la de los ciclos y ciclos de ciclos, por lo que tiene su invierno, su primavera, su verano y su otoño de vida. Por eso, en éste su otoño cíclico o vital, declina. Así mismo el corazón tiene analógicamente con su sístole un aumento en la presión sanguínea que extiende la sangre por la periferia, determinando un verano de unos segundos; y luego su diástole, que al dilatarse en sus cavidades como la palabra indica, vuelve a hacer refluir la sangre hacia el corazón, dejando los capilares exentos o poco nutridos de ella. Ese es el invierno del organismo, un invierno que no dura unos segundos. Lo mismo hace el Sol con otro ciclo correspondiente: nace el Sol, culmina, muere, pasa el antimeridiano y vuelve a nacer.

En el año tenemos también la más perfecta analogía del día, porque de la misma manera que el amanecer del año es la primavera, la plenitud del año, o el mediodía del año, es el verano; la caída del año es el otoño, la caída de su tarde, el invierno, es decir el momento en que nos encontramos ahora y que alhora nuevas primaveras para el espíritu. ¡Tal es la eterna y sabia ley teosófica de la Analogía!

Esta es, pues, una de las leyes más fundamentales de la Teosofía, y a los hombres de ciencia que me escuchan y a los hombres verdaderamente religiosos que también me honran con su presencia, debo decirles que no la olviden, no porque proceda de mí su enunciación, sino porque es de una trascendencia enorme, infinita, como integradora que es del «cosmos» o sea de «la armonía». Amonio Sacas, al fundar el sistema filosófico que se llama Teosofía, o neoplatonismo, con arreglo a las doctrinas heredadas de Platón, Pitágoras, etc., o más bien de los egipcios, quiso hacer desde luego una ley analógi-

ca. Por eso se les llama filaletesos, amantes de la verdad y también analogistas, y además filósofos eclécticos, porque a la manera de las abejas en las flores, libaban en todos los cálices filosóficos. Y esa ley de analogía es la que, sin saberlo, ha formado la ciencia contemporánea y practicado con una de productos y de frutos que verdaderamente maravilla. Por ejemplo: bien sabéis lo que eran las matemáticas antes de la invención de los logaritmos, mejor dicho, del redescubrimiento de los logaritmos, porque éstos, como el cálculo diferencial, eran conocidos, sin duda, en Oriente; nada más sencillo, en efecto, que el sistema neperiano: una serie geométrica, de razón de 10, arriba; una serie aritmética, de razón 1, abajo; arriba, digo, la serie geométrica de 10, 100, 1000 etc., abajo la serie aritmética con el 1 el 2 el 3, etc. Las dos series empiezan, respectivamente, la una con el 1, la otra con el 0, es decir con el sagrado simbolismo de I O o Isis, el sagrado y simbólico Diez y también el jeroglífico de «pi» o sea de la razón de la circunferencia y su diámetro.

Pues bien; como la serie o progresión geométrica, es muy rápida en su desarrollo, la mente humana cala, digámoslo así, por la serie aritmética y vá a los números de logaritmos allí encontrados. Es decir, que maneja la ley de la analogía, la ley genuinamente teosófica y no hay que añadir que todos los descubrimientos de nuestra ciencia, como sabéis, están apoyados en los logaritmos.

Otro ejemplo, histórico, verdaderamente elocuente. Cuando Dumas y Berthelot empezaron los estudios del alcohol, se conocían muy pocos alcoholes: el de vino, el de madera, y nada más; pero aquellos hombres llevaron a la química la ley teosófica de la analogía, la ley del símbolo, y se dijeron: «si el alcohol de vino está constituido por dos átomos de carbono y el de madera por uno, racional es pensar analógicamente en alcoholes de tres, cuatro, *ene* átomos de carbono. Y en efecto, no bien hicieron estas inducciones analógicas, se

descubrieron, como sabéis, en menos de dos años, centenares de alcoholes, algunos que no daba ni la misma naturaleza, a la manera como aquel doctor émulo de Fausto cuando decía, que ni la naturaleza misma le había enseñado ni su maestro le enseñó lo que deducir podía de su estudio, de sí mismo y de la analogía en la naturaleza. Ved, pues, si es importante la ley de la analogía simbolizada en la clave de Hermes de Trimegisto, cuando dice: «lo que está arriba es como lo que está abajo, para obrar los misterios de la armonía»: ¡Un átomo puede enseñar al universo, la cosa más pequeña puede evidenciar a la humanidad; todo está en todo, lo grande y lo pequeño, todo es relativo! Tal es la ley de la analogía. Newton mismo estableció analógicamente la hipótesis de la gravitación universal, considerando que la Luna cae hacia la Tierra, lo mismo que la manzana cae hacia el suelo. Y recuerdo a propósito de Newton, el detalle curiosísimo de que cuando realizó semejante comprobación analógica ya no fué sino un místico, por aquello de que poca ciencia aparta de la religión, mucha ciencia conduce a ella. No hablo de la religión positiva; hablo de la religión que consiste en la etimología latina «ligo, ligas, ligare», ligar y «religo, religas, religare» ligar dos veces, porque la suprema Religión, el único dogma de la Teosofía, el lazo por antonomasia es el de la fraternidad universal de la Humanidad, sin distinción de raza, sexos, credo, casta ni color, a tenor del objeto primero, único por decirlo así, de la llamada Sociedad Teosófica fundada en nuestros días y a la que pertenezco.

Una ligadura, por ejemplo, me hace estar unido a todos mis semejantes; una «doble ligadura», «religo», también me obliga con vosotros, que estais tan benévolos escuchándome; con vosotros pues, tengo ya una religión: estoy doblemente obligado por gratitud.

Pues en esa etimología de «religo, religas, religare,» es donde está precisamente el nervio de todas

las interpretaciones teosóficas. De este tan hermoso auxiliarse unos con otros, pondré un detalle, y éste lo consagro cariñosamente a los sacerdotes que me escuchan. ¿Recordáis el pasaje aquel del Evangelio, en que Jesús pasa al lado de una higuera, en tiempo en que no podía la higuera naturalmente dar fruto, y le pide fruto, y al no dárselo, la maldice? En todo el antiguo ni en el nuevo Testamento he podido encontrar nada analógico que me explique o que me guíe acerca de esta interpretación: pues con solo asomarme a las pagodas budhistas y ver que hacia ella conduce una doble hilera de árboles pipales—*ficus religiosa*—que se dice morada de los elementales, o protéicos seres de lo astrale, he podido interpretar, modestamente desde luego y sin seguridad de acertar, el pasaje en cuestión. Jesús pasa al lado de un árbol; ve con su vista trascendente, los seres allí refugiados, ese mal ambiente de la higuera, y ve aquellos seres, seres demoniacos, y les dice: «dad fruto de bendición»; mas como ellos no pueden darlo, él entonces los maldice.

Porque, en efecto, señores, aquí estamos crucificados en nuestra cruz de carne, y tal símbolo de la Cruz no es cristiano sólo, sino que es universal y anterior al cristianismo, es el símbolo de nuestra crucifixión y de nuestra redención. Crucificados estamos en la doble línea de los solsticios y de los equinoccios; jamás podemos salir de esa órbita de la tierra; crucificados estamos en las limitaciones del sexo, porque desde luego sin el diámetro masculino y el diámetro femenino no hay sexo, no hay continuidad de la especie, no hay bendición; porque notad, dicho sea de paso, la malicia tremenda de los seres que han pervertido el sexo, de los eunucos, de los caídos. Y ese sexo, que nos hace aparentemente caer en las leyes de la generación, también es nuestra redención, porque luego, llegados a cierta edad, a manera de los brahmanes cuando se retiraban al desierto después de haber escrito un libro, plantado un árbol y engendrado un hijo,

nosotros debemos retirarnos a la concentración espiritual y prepararnos para ese gran tránsito, que no es más que un nacimiento, porque detrás de la muerte está el nacimiento, como detrás de la descomposición de la semilla, está el brote del tallo de la planta, promesa cierta de la semilla futura. Y no lo digo yo tampoco; lo dice el mismo San Pablo —la he tomado con el tema cristiano como podía haber tomado el tema budhista o cualquiera otro de los temas clásicos de la religión; porque para el teósofo todos son lo mismo— está demostrado eso en el mismo contexto de tantas y tantas aserciones del Evangelio de San Pablo. Por ejemplo, ¿recordáis, señores helenistas, la importancia que se asignó en Grecia a la mayéutica? La traducción literal que de la palabra nos dan los textos clásicos, o, mejor dicho, los estudios modernos de los clásicos, acerca de la palabra mayéutica, es la de «arte de partear las almas», y esto, así en seco, parece muy duro; pero con la ayuda de las ideas expuestas en las epístolas de San Pablo, eso se esclarece en seguida, y ya veis que hablo de un tema pagano, redivivo en un maestro cristiano, nada menos que el príncipe de los iniciados del cristianismo. Sabemos que la mayéutica para él no es más que ese estado como de parto en que yace el hombre cuando llega a cierta edad y empieza a ver decaer sus energías físicas y sus energías intelectuales aparentes, al par que anhela una continuidad, que es algo así como el escapar de la tangente en el círculo fatal y necesario de la muerte y de la vida; y esa mayéutica no es más que esos gemidos que lanza el místico diciendo con Jesús en el huerto: «¡Señor, Señor! Por qué me has abandonado? ¿Por qué caigo? Porque yo puedo caer con el cuerpo; con el espíritu no caeré jamás; yo necesito desde luego un algo que me aliente. Este caer de mi vida física, no es más que nacer a una vida futura». Esta es la inmensidad mística que demostrada está sin duda en los principios fundamentales de cualquier religión.

Ved, por consecuencia, señores, que la Teosofía, lejos de ser enemiga de las religiones, es la corona de ellas. Día vendrá, espero, en el que aun de los mismos claustros, donde tanto se estudia y donde tanto se sufre por todos conceptos, salgan grandes teósofos, los mismos que hoy todavía quizá no han salido en el siglo; y yo hago votos porque así suceda; porque el dolor de los dolores, la desgracia de las desgracias, señores, es la caída en el materialismo; eso sí que es la ciudad del Dite, donde no hay redención; porque si caemos en el materialismo o en su escuela el escepticismo, la ley nuestra no puede ser ya más que la ley animal; pero ya los mismos principios iniciáticos de Eleusis decían, previniéndonos por boca de Xenius contra ellos: «no descendas, hijo mío, que la escala de descenso tiene siete peldaños y al final del último está la ley terrible y fatal de la necesidad». Es decir, que el escéptico, el materialista, se pone ya en el límite humano, mirando casi al mundo animal. Ese espejo llamado a reflejar, mirando hacia arriba, las celestes realidades del ideal, está vuelto a la tierra y no refleja más que miserias; pero como la naturaleza no retrocede nunca y vá cerrando las puertas para que no retrocedamos, no nos permite de ninguna manera eso, y viene el dolor y vienen tantas y tantas desgracias como nos aquejan en el mundo y tantos y tantos dolores educativos como tenemos que experimentar. Porque desde luego no puede creerse, ni con un Dios piadoso, ni con una ley justa, ni con nada, en el terrible torcedor del dolor humano, si no fuera porque con él está el triunfo y la redención.

De ahí las importantísimas enseñanzas de la diosa Hygea, la diosa Isis, intelectual y moral, que dicen muchos naturalistas; de esa higiene natural que también puede tomarse en el sentido de arriba abajo de Aristóteles, empezando por la física y acabando por la moral; que es algo de la higiene de todas las religiones, que no se contentaron con dar preceptos tan sabios como Moisés respecto a las

abluciones, por ejemplo, y como Mahoma en el Corán, sino que establecieron que la condición física no podía provenir más que de la pureza ideal; que el hombre puro en sus sentimientos y en su moral, puede hasta curarse él solo, autocurarse, porque el médico en el fondo no hace más que remover los obstáculos que se oponen a la «vis medicatrix» de la naturaleza, que no se extienden sólo a lo físico, sino también a lo intelectual y moral, como los códigos indostánicos y médicos de la Garaka y la Sucruta dicen.

La exposición que os hago, como veis, es muy heterogénea, correspondiendo desde luego a la heterogeneidad de mi pensamiento y a la dificultad de una gran síntesis y haciendo honor, además, como corresponde, a la diversidad de las orientaciones filosóficas que integran a la teosófica investigación; pero desde luego ya veís que no salgo de los puntos verdaderamente esenciales que a ésta caracterizan.

Otro de esos puntos es desde luego el relativo a la parte oculta de la naturaleza. Todo en la naturaleza es dual; todo tiene siempre en ella una parte oculta y una parte manifestada; no conocemos bien el árbol hasta no arrancarlo de raíz, pero entonces el árbol muere; el buen discípulo decían, para coronarse, tiene que matar al maestro, pero ello no es así, sino que le basta asimilarse, robarle su doctrina y proclamarla como de aquél. Hay en efecto un orden especial en la naturaleza por donde siempre, detrás de cada verdad, tendremos siete verdades ocultas —quien dice siete, dice veinte; es una manera de entendernos—; pero siempre hay problemas que esclarecer y que surgen así que se esclarece uno de ellos. Por eso el sabio acaba por decir: solo sé que no sé nada, etc., de aquellos aforismos clásicos, porque cuando empiezo a ver una cosa, llega un momento en que comprendo con Goethe, que para verla bien necesito saberlas todas. Por ejemplo, un hombre vulgar ve un árbol de dis-

tinta manera que un hombre de ciencia. Por lo pronto la ley de la evolución entera está aquí. Si en la Pampa argentina, toda fecundidad, se siembra una semilla de ombú, por ejemplo, la semilla es toda potencialidad; la tierra, que es toda vigor, es decir, toda es energética, desarrolla, pues, la semilla; prospera en aquella el árbol y extiende éste sus ramas, cobija al hombre bajo su sombra, dá su fruto y realiza su evolución; pero la llanura, a su vez, ha quedado empobrecida, porque las fuerzas aquellas que antes estaban evolucionando como árbol, acaban por manifestarse en él. Pero, ¿el árbol es eso? No; de las raíces no hemos hablado. De la serie de reacciones químicas que las raíces operan no hay que hablar tampoco. Vivo está en la misma química biológica el problema de si deben admitirse los abonos potásicos al estilo antiguo o hay que pensar en abonos de otra clase, en abonos no fertilizantes, sino en abonos movilizantes, como diría el señor Granés, es decir, en «abonos de dinamicidad evolutiva», si vale la frase, porque la naturaleza en la tierra tiene en sí virtualidad suficiente para restaurar cualquier gasto de energía en el momento que lo necesite. El principio, como sabéis, de la modernidad de los abonos llamados movilizantes, pues, y valga la digresión, no es más que el de suministrar a la tierra, en lugar de potasa, sosa, que es la base alcalina del agua del mar, porque en el mar ha nacido la creación y al mar volverá desde luego, como volvió la Atlántida; porque los abonos sódicos están sometidos a una ley, como todos los principios de química llamados de Dulong y Petit, es decir; que los calores específicos o energías, están en razón inversa de los pesos atómicos, o sea, que en igualdad de condiciones de los cuerpos, a mayor materia, menor energía, y en tal sentido es menos energética la potasa que la sosa y, ello, sin más disquisiciones sobre el caso, no es en el fondo sino otra aplicación a la ciencia de Lavoisier de la eterna ley teosófica de la analogía.

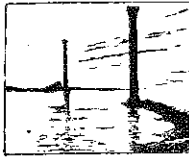
Aquí veis, desde luego, una química que se opera ocultamente en el seno de la tierra, que el químico no la ha visto, sino que la deduce, porque la labor de la ciencia es precisamente la de bucear en lo invisible. La observación y la experiencia son métodos científicos que han dado grandes frutos, pero tened en cuenta que no son los únicos, ni los mejores tampoco. Hay otro que está por encima, porque es él, el que guía a la observación y a la experiencia, y la prueba la tenéis en los mismos cuerpos de la química: todos ellos están sometidos a la dicha ley de Dulong y Petit; en todos ellos están en razón inversa sus pesos atómicos y sus calores específicos; pero hay una energía secreta que no se ha podido observar, porque por bajo del hidrógeno todavía hay otros cuerpos más ligeros con peso atómico inferior al de éste, tales como el cozonio y el nebulio y hay otras substancias desconocidas aunque mantienen quizás la energética de la tierra mucho más que los cuerpos conocidos y ellos se caracterizan a la vez por su ténue invisibilidad cuanto por su energética tremenda, oculta y desconocida.

Hay, pues, que concentrar la mente y decir desde luego: lo que el hombre analiza tiene que reconstituirlo en síntesis; si este universo ha debido tener un universo antecesor, también tendrá más tarde un universo futuro, pero en éste, en el anterior y en el futuro, regirá una sola ley siempre, que es la ley de la armonía, que es la ley de la sabiduría, la armonía de la inteligencia con el amor, la armonía de la unidad con la variedad, la armonía de lo manifestado con lo oculto, la armonía del pasado con lo futuro, la armonía del bien con el mal, de la luz con las tinieblas, en una palabra, de todos los contrarios que no son más que ideas relativas integradas por una unidad suprema y oculta que es el alma de la Magia y del ocultismo y esa ley no es más que la Ley del Amor, la integración suprema del hombre que piensa y del hombre que ama, del hombre que re-

cuerda que en la Edad media se amó con exceso y se ignoró con exceso también, y que, en cambio, en la época moderna no ama nada, aunque sabe mucho, mucho que irá perdiendo o está olvidando, porque el castigo que tiene el hombre que desatiende las divinas leyes de la imaginación, reflejo de la sabiduría, es quedarse sin memoria y descender a un orden del que ha salido y del que ya no podrá volver.



EDITORIAL HÉRCULES



MADRID - CEUTA